



Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz.

(Reflexión de la obispa Sofie Petersen, Iglesia Evangélica Luterana en Dinamarca)

“¡Canten alegres al Señor, habitantes de toda la tierra! ¡Sirvan al Señor con alegría! ¡Vengan a su presencia con regocijo! Reconozcan que el Señor es Dios; él nos hizo, y de él somos. Somos su pueblo. ¡Somos las ovejas de su prado!” (*Salmos 100:1-3*) Cada día, y también este día radiante de verano en el que el sol resplandece en un cielo inmaculado, siento gratitud por el paisaje que se abre ante mí: el mar, con los icebergs y las montañas, la desembocadura del fiordo y sus adentros, donde ahora hay gente cazando renos, pescando truchas o recogiendo bayas. Todo el mundo está allí haciendo reservas para el próximo invierno. Y aunque todos tienen instalaciones modernas, congeladores y otros aparatos para conservar los productos frescos, se sigue necesitando secar, ahumar y salar la carne y el pescado, tal como lo hicieron nuestros antepasados durante cientos de años.

Ninguna instalación moderna puede cambiar este modo de vida, que en última instancia, es coherente con la naturaleza que nos rodea. Dependemos mucho de las condiciones atmosféricas, aunque no todos seamos cazadores, pescadores u hombres del mar. Nuestros hábitos alimentarios están determinados por los animales y las existencias disponibles, que varían en función de la época del año. Hígado de bacalao mezclado con camarina negra (un tipo de baya), angélica, pescado seco, truchas ahumadas al brezo, nabos, grasa, carne seca de reno o de foca: hoy todavía necesitamos estas vitaminas y bombas energéticas, aunque tengamos acceso a pastillas de vitaminas y a otros alimentos importados de otras partes del mundo. Pertenecen a nuestra cultura, donde vivimos en armonía con la naturaleza y, a raíz de ello, hemos logrado sobrevivir en esta naturaleza extrema que nos rodea.

Dado que la mayor parte del año las temperaturas son frías y rigurosas y pasamos la mayor parte del tiempo dentro, cuando el sol regresa con su calidez y finalmente vuelve a llegar el verano, es difícil quedarse dentro. Pero como sucede en las otras sociedades modernas, estamos obligados a hacer nuestro trabajo y no podemos dejarlo todo y salir a disfrutar de la naturaleza. Esto podría crear muchos problemas. La industria pesquera, por ejemplo, necesita mano de obra para procesar el pescado traído por los pescadores, o para ocuparse de los buques. Y en una sociedad moderna, los habitantes tienen derecho a utilizar los servicios públicos durante los horarios de apertura. Cuando el tiempo lo permite, se debería

salir a la naturaleza y hacer reservas, no solo de comida, sino también, y lo que es más importante, de energía espiritual y mental.

La creación todopoderosa, la naturaleza y todo en ella, tiene vida y da vida, posee una sabiduría que hemos heredado, pero que parece que no siempre somos capaces de utilizar.

El Creador – Dios de Vida - nos ha dado esta naturaleza para que vivamos en ella, de ella y con ella. Todas y cada una de las criaturas, donde sea y cuando sea, se encuentran siempre frente a sus semejantes. Por consiguiente: “completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo” (*Filipenses 2:2-3*). Esto es válido para todo: si alguien usurpa algo a otro mediante el uso de la fuerza o por otros medios, ello da lugar a un desequilibrio o un malestar que es contrario a la justicia y la paz. La naturaleza sigue su propio curso, se regula a sí misma. Si el número de renos aumenta, cuando no tienen suficiente comida mueren de hambre. Cuando la lluvia no llega, puede haber sequía y perderse la cosecha, lo cual provoca hambre y muerte. Si se producen lluvias torrenciales, las inundaciones también pueden destruir las cosechas y causar una gran pérdida de vidas humanas. Últimamente, en el mundo han habido violentos incendios forestales que han tenido consecuencias devastadoras para los humanos y los animales y sus condiciones de vida. La falta de consideración, el comportamiento negligente, quizás cocinando al aire libre o con cigarrillos, que no han sido debidamente apagados, pueden ser el origen de tales catástrofes.

A los pueblos indígenas se les ha enseñado a respetar la naturaleza y todo lo que hay en ella. Toda criatura, por pequeña que sea, pertenece a la creación y tiene un lugar en ella. Es por eso que a los pescadores y los cazadores, y al resto de nosotros, nuestros padres nos han enseñado a dejar los lugares que ocupamos igual que estaban cuando llegamos. Ni siquiera deben dejarse las vísceras del pescado, los huesos u otros desperdicios, aunque ellos también provengan de la naturaleza. Se deben recoger y enterrar en el suelo o dejarse a la orilla del mar, y traer el resto de residuos a casa, para que puedan ser desechados de forma adecuada. También se nos educa para que nadie pesque o cace más animales de los necesarios para sobrevivir hasta la próxima temporada.

Desafortunadamente, la sabiduría que ayudó a nuestros antepasados a sobrevivir y que nos han transmitido a nosotros a menudo se considera como algo negativo, e incluso para algunos es objeto de burla, con las consecuencias que pueden verse en nuestro entorno. Los renos, por ejemplo, de los que solo se llevan las mejores partes, como la pierna, se dejan pudrir. Una parodia del Creador y la Creación que puede conducir a que los animales cambien sus pautas de comportamiento y, en el peor de los casos, abandonen la región o incluso se extingan. Normalmente, esto se hace ante la posibilidad de ganar dinero fácil y rápido. Algunas personas pagan mucho dinero por una pierna deshuesada de carne, y no cuesta

mucho trabajo bajarla hasta la costa. Es, pues, por pura codicia y un comportamiento egoísta que algunas personas pueden arruinarnos a todos, si los cotos de caza y los animales desaparecen.

Pero la codicia, lamentablemente, es una de las características del comportamiento humano, que se hace patente tanto a pequeña como a gran escala. ¿Quién no reconoce el sentimiento de que siempre necesitas un poco más que tu prójimo, de que es difícil conformarse solo con el salario que uno percibe? Todos sabemos que cuanto más se tiene, más se quiere.

A consecuencia del calentamiento del planeta, el casquete glaciar de mi país, Groenlandia, se está fundiendo a gran velocidad, poniendo al descubierto nuevas tierras en las que, supuestamente, hay muchos minerales. La desaparición del hielo marino ha provocado una lucha por los yacimientos de petróleo y de gas. Hasta tal punto, que ahora presenciamos una lucha por el derecho al Polo Norte. ¿Dónde está el límite de la plataforma continental? Para que se pueda determinar quién tiene el derecho al Polo Norte, Rusia ya ha plantado su bandera en el lecho marino. Todo el mundo piensa primero y exclusivamente en sus propios beneficios.

Nadie piensa en las consecuencias que una eventual exploración petrolera puede ocasionar en un hábitat tan delicado y vulnerable. Las vibraciones de las perforaciones y toda la infraestructura necesaria para llevar a cabo estas operaciones ocasionarán cambios en las rutas de los animales que cazamos.

Una sociedad aldeana de 1.000 habitantes que vive de la caza y la pesca no tiene gran importancia en una sociedad y una economía mundiales. Pero a los lugareños sí les importa que sus medios de subsistencia sean destruidos y que tengan que adaptarse a otra forma de vivir. Por supuesto que podrían ser felices, ya que las partes interesadas les ofrecerían buenas oportunidades económicas. Podrían obtener un trabajo en la industria en torno a las exploraciones e incluso podrían tener un nivel de vida mejor que antes. Sí, a lo mejor resultará ser así, pero las experiencias realizadas en todo el mundo muestran que se trae mano de obra extranjera y las compañías se llevan todos los beneficios a sus países, sin pensar en la población nativa, y que hasta dejan el “lugar del crimen” tal cual, con las huellas de la contaminación.

Naturalmente prometen dejarlo todo en las mismas condiciones que lo encontraron a su llegada. Si fuera así, todo iría bien, pero la experiencia mundial vuelve a mostrar que eso raramente ocurre y no creo, aunque por supuesto lo espero, que nosotros vayamos a ser la excepción.

La justicia y la paz es lo que nuestro Señor Jesucristo trajo consigo, y es a través suyo que recibimos el pan de cada día del que nosotros y nuestros muchos hermanos y hermanas de todo el mundo vivimos. Esperamos y oramos cada día por que haya justicia en nuestras vidas, no solo para nuestras familias, nuestros compatriotas y aquellos que comparten nuestra opinión, sino para todos los seres humanos, sean

ricos magnates del petróleo o simples pescadores de Groenlandia. Todos y cada uno de nosotros necesita y tiene derecho a la justicia, también en cuanto se refiere a los asuntos económicos. Cuando las riquezas de nuestro Creador estén a disposición de todos, vendrá la paz, porque la codicia y el comportamiento egoísta habrán perdido. Oramos cada día por que así sea y por que nunca perdamos la fe en una vida justa y pacífica para todas las personas que viven en la maravillosa creación de Dios, sea en la fría Groenlandia o aquí en Creta, en la cálida Grecia. “Completen mi gozo sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. No hagan nada por contienda o por vanagloria. Al contrario, háganlo con humildad y considerando cada uno a los demás como superiores a sí mismo” (*Filipenses 2:2-3*).

Que el Espíritu Santo nos guíe y nos muestre el camino de modo que compartamos las riquezas de nuestro planeta con respeto y amor, y ensalcemos nuestros corazones en nuestro peregrinaje a Busan: “Dios de vida, condúcenos a la justicia y la paz”.